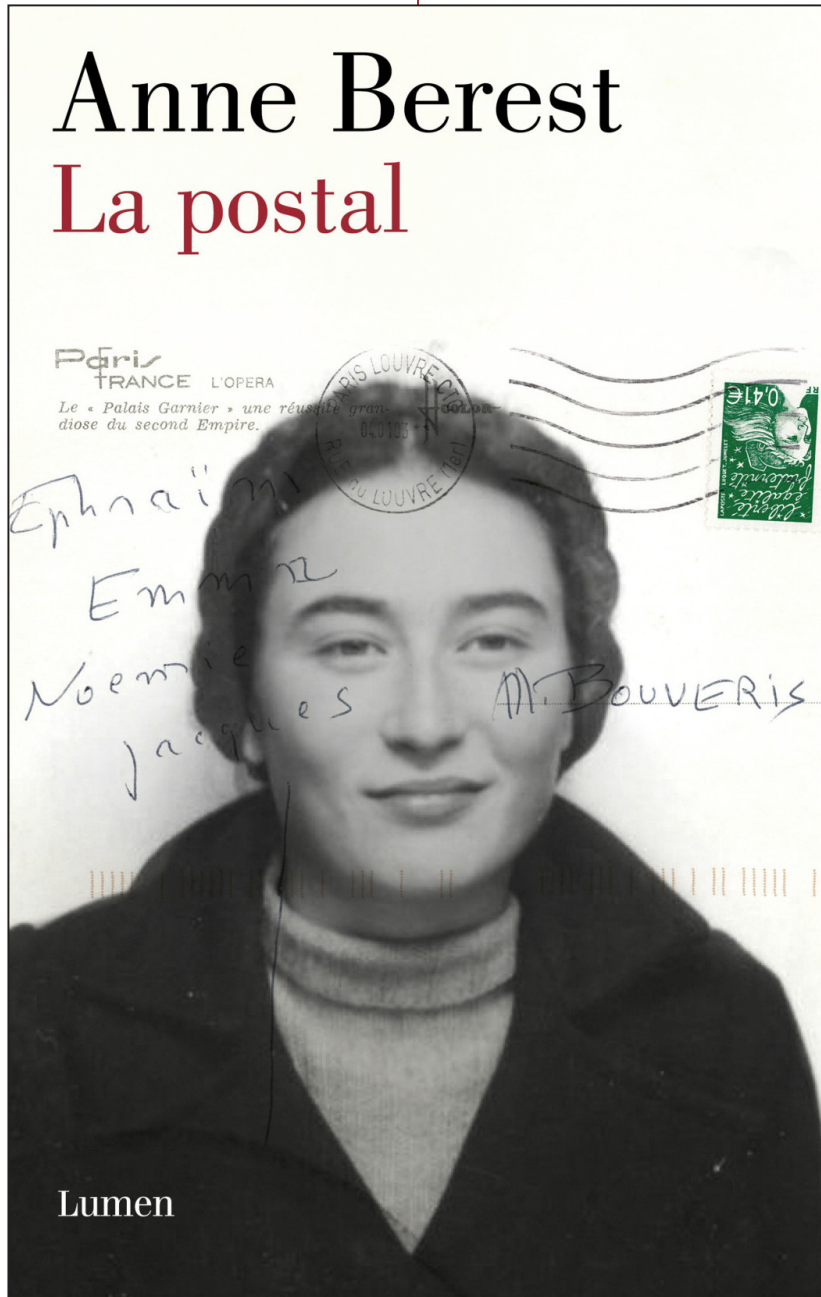




# Guía de lectura



Penguin Club de lectura

## LA OBRA

Enero de 2003. En el buzón de la casa familiar, entre las tarjetas de felicitaciones habituales, aparece una postal anónima. La Ópera Garnier por un lado y, por el otro, cuatro nombres: los de los bisabuelos maternos de Anne Berest, Ephraïm y Emma, y sus tíos abuelos, Noémie y Jacques, todos fallecidos en Auschwitz en 1942. La siniestra misiva inquieta a la madre de Anne, que archiva la postal en un cajón y no vuelve a hablar del tema. Una década después, cuando Anne está a punto de dar a luz, anida en ella la necesidad de saber quiénes fueron sus antepasados, pero tienen que pasar unos años más para que reúna el valor para desenmarañar el misterio de quién escribió sus nombres en la postal.

Con ayuda de su madre y de un detective privado, Anne emprende una larga investigación que la conduce a escuchar testimonios, rescatar documentos y explorar hipótesis hasta dar con la respuesta. De todo ello surge una indagación familiar que se remonta a Rusia cien años atrás, cuando Ephraïm Rabinovitch, un joven ingeniero socialista y ateo que quiere romper con el judaísmo, debe huir a Letonia por cuestiones políticas, acompañado de su esposa Emma. Al mismo tiempo que nace la primera hija del matrimonio, los padres de Ephraïm emigran a Palestina, convencidos de que algo huele mal en Europa. Unos años más tarde, Ephraïm se reúne con ellos, pero las tierras áridas y la sencilla vida rural

desaniman al ingeniero que, desoyendo los consejos paternos, en 1929 se radica en Francia junto a Emma y sus tres hijos, Myriam, Noémie y Jacques. Abocado a sus inventos y a asimilarse a la sociedad francesa, Ephraïm cambia nombres, anima a sus hijas a ser alumnas brillantes y adquiere una granja en Normandía. Son años de plenitud y todo parece ir bien... O eso es lo que necesita creer Ephraïm en medio de un ambiente tenso en el que las manifestaciones de antisemitismo se multiplican, del Este llegan noticias alarmantes, algunos amigos inician el éxodo hacia América, y un día la guerra estalla. Cuando Francia es ocupada por los nazis, los Rabinovitch se refugian en la granja, pero ya es demasiado tarde: Noémie, Jacques, Ephraïm y Emma son deportados a Auschwitz por el Gobierno de Vichy. Una serie de casualidades salvan a Myriam, ya casada con Vicente Pica-

bia —el hijo del pintor Francis Picabia y la escritora Gabriële Buffet—, que con ayuda de su suegra y su cuñada se oculta en el sur de Francia, donde colabora con la Resistencia, y al final de la guerra da a luz a una niña, Lélia. Tras buscar desesperadamente a sus padres y hermanos, y conocer la verdad, Myriam, única superviviente de una extensa familia, dejará de hablar del pasado para poder continuar adelante. Años después de su muerte, su nieta Anne ostenta la identidad que Ephraïm tanto soñó alcanzar: es una ciudadana francesa educada en el pensamiento socialista laico. Sin embargo, un comentario antisemita es capaz de avivar en ella un temor profundo, asiste a los rituales tradicionales judíos con una extraña sensación de familiaridad, y el trauma de un pasado atroz atraviesa generaciones y mueve a indagar, buscar respuestas y deshacer un largo silencio.

## CLAVES DE LA NOVELA

Entre los secretos de una abuela y los temores de una madre a la hora de remover un pasado traumático, Anne Berest reúne el valor necesario para ir tras las huellas de los Rabinovitch y abordar las lagunas de memoria de una saga familiar que se inscribe en la convulsa historia europea del siglo xx. Narrando la vida de sus antepasados, la joven escritora continúa con el proyecto que inició en 2017, cuando junto a su hermana, Claire Berest, publica una biografía de Gabriële Buffet-Picabia, su bisabuela y una de las figuras femeninas más importantes del dadaísmo. *La postal*, su nueva novela, es una aventura literaria más ambiciosa que, a caballo entre la novela de misterio y el ejercicio memorialista, ofrece un relato íntimo y una vívida recreación de los años de entreguerras, y de la ocupación y el horror de los campos de concentración, en la estela de obras testimoniales como *Suite francesa*, de Irène Némirovsky, y *Tú no eres como otras madres*, de Angelika Schrobsdorff.

Llevar a la literatura las vidas de su familia materna supone para Berest sumergirse en un pasado donde lo personal ilumina lo colectivo. En cada anécdota, en cada episodio vivido por los

protagonistas de esta novela resuena la historia de millones de judíos europeos abocados a la persecución y el exterminio, al éxodo o a una casualidad o golpe de suerte que salvara su existencia. Pero en *La postal* el antisemitismo no es solo un brutal recuerdo de otros tiempos: por el contrario, la escritora traza un arco que va de los pogromos rusos a un comentario discriminatorio deslizado hoy en un patio de escuela, ilustrando el largo recorrido y las derivas de un discurso del odio profundamente arraigado. Pensar el antisemitismo conduce, a su vez, a que Berest —una mujer criada al margen de la religión— se cuestione, a la luz de la memoria y del presente, acerca de su identidad y de aquello que el judaísmo y su contrapartida movilizan en ella. Qué significa ser judío en una vida laica es la pregunta que, junto con el enigma de la carta, atraviesa una novela que nace de la voluntad de conocer, de interrogar e interrogarse, pero ante todo, de la consciencia de que se tiene entre manos la responsabilidad de retomar la tarea que los supervivientes, condenados a la culpa y el dolor, no pudieron hacer: nombrar y devolver a la memoria un mundo perdido con toda su atrocidad, y también, sus luces.

# LOS PERSONAJES PRINCIPALES

## LA NARRADORA

Anne es una escritora de cuarenta años que se ha criado en el seno de una familia de académicos socialistas laicos. Su origen judío es un apunte biográfico sin demasiada importancia, pero a punto de dar a luz a su primera hija, despierta en ella la curiosidad por conocer la historia de sus antepasados de los que, confiesa con vergüenza, no sabe casi nada. Años más tarde, un comentario antisemita destinado a su hija y la relación de pareja con un judío practicante la conducen a interrogarse a fondo acerca de su identidad.

«Mis padres siguieron haciéndose preguntas. Pero a mí me importaba un comino aquella postal. Sin embargo, me llamó la atención la lista de nombres. Esas personas eran mis antepasados y yo no sabía nada de ellos. Ignoraba en qué países habían estado, los oficios que habían ejercido, la edad que tenían cuando fueron asesinados. Si me hubieran enseñado sus retratos, habría sido incapaz de reconocerlos en medio de desconocidos. Sentí vergüenza.» (p. 12)

### LÉLIA, LA MADRE

Lélia es una lingüista y fumadora empedernida que nace a mediados de los años cuarenta y se forma en el espíritu revolucionario del mayo francés de 1968. Su pericia para la investigación académica e histórica le sirve para reconstruir la vida de sus abuelos y ofrecerle a su hija un relato pormenorizado que llega hasta los años de la guerra, punto cronológico en el que Lélia, marcada por el suicidio de su padre —Vicente Picabia— y por los traumas de su madre, no tiene el valor de continuar indagando.

«Mi madre cogió una hoja y un bolígrafo —como todos los docentes jubilados, sigue siendo profesora en todas las circunstancias, hasta en su forma de ser madre—. A Lélia sus estudiantes de la facultad de Saint-Denis la adoraban. [...]

—Estás avisada —me dijo mi madre—: lo que vas a oír es una narración híbrida. Algunos hechos se consideran incuestionables; no obstante, te dejaré deducir las conjeturas personales que al final me llevaron a esta reconstrucción.» (pp. 13-14)

### MYRIAM, LA ABUELA

Myriam nace en Moscú en 1919, días antes de que sus padres emprendan el camino del exilio y las migraciones, una experiencia que marca su niñez. Inteligente, osada y con una gran vocación de aprender, Myriam es una alumna brillante que destaca en el liceo e ingresa en la Sorbonne para estudiar Filosofía, un proyecto que la guerra interrumpe. En sus años de estudiante conoce a Vicente Picabia, el atormentado hijo del artista Francis Picabia y Gabriële Buffet, con quien se casa y tiene una relación compleja. Pasada la guerra, donde colabora con la Resistencia y vive bajo una identidad falsa, Myriam se convierte en la única superviviente de su familia, una realidad que la obliga a continuar hacia delante sin mirar demasiado atrás, pero aún en la vejez, cuando su memoria entra en declive, el doloroso recuerdo de sus padres y hermanos no se desvanece.

«Myriam era una semilla que el viento trasladó por continentes enteros y que acabó por germinar aquí, en este pequeño terreno deshabitado. Y se quedó hasta el final, porque el tiempo se detuvo aquí para ella.

Por fin pudo echar raíces en algún lado, en esta colina algo hostil que quizá le recordara al suelo rocoso y el calor de Migdal, a ese momento de infancia en Palestina donde, en la propiedad de sus abuelos, por una vez, nadie la perseguía.» (p. 506)

### **EPHRAÏM RAVINOBITCH, EL BISABUELO**

Ephraïm es un ingeniero que crece en Moscú a comienzos del siglo XX, en el seno de una familia de comerciantes judíos. Militante socialista y ateo, Ephraïm corta lazos con el judaísmo y luce como un moscovita más, pero las crecientes medidas segregacionistas y la persecución política lo obligan a trasladarse a Letonia junto a su esposa y su hija recién nacida. Es el inicio de un largo periplo donde Ephraïm no renuncia a su aspiración de ser considerado por la sociedad un ciudadano europeo antes que un judío. El deseo de asimilarse y la confianza en las bondades del espíritu republicano francés lo llevan a desoír las advertencias de familiares y amigos hasta que acaba siendo demasiado tarde.

«Para Ephraïm ser judío no quiere decir nada. Se define ante todo como socialista. De hecho, vive en Moscú como un moscovita. Acepta casarse en la sinagoga solo porque es importante para su futura esposa. Pero previene a Emma:

—No viviremos según la religión judía.» (pp. 19- 20)

### **EMMA WOLF, LA BISABUELA**

Emma proviene de una familia de judíos polacos y es profesora de piano. Desde el inicio de su matrimonio vive en un estado de alerta e inquietud, primero por las actividades políticas de su marido, y más tarde, por la creciente persecución que sufren los judíos. Las noticias que le llegan desde Polonia cuando comienza la guerra desatan aún más su temor, pero la determinación y la seguridad de Ephraïm le devuelven la seguridad. Cuando Noémie y Jacques son deportados, Emma continúa poniendo sus platos en la mesa, con la esperanza de que sus hijos pronto regresen a casa.

«Los policías entran en el piso. Emma se fija en la gorra de Ephraïm, que se ha quedado en el sillón grande del salón. Entonces finge un mareo. Nota cómo se aplasta la gorra bajo su peso. El corazón le late con fuerza.

—Tu abuela Myriam no es aún más que un feto, pero acaba de sentir físicamente lo que significa tener un nudo en la tripa debido al miedo. Los órganos de Emma se han encogido a su alrededor.» (p. 29)

### NOÉMIE, LA TÍA ABUELA

La mediana de los hermanos Rabinovitch es la compañera de juegos de Myriam, hasta que ella ingresa en la universidad y comienza a llevar una vida adulta privada. Noémie es, como su hermana, una alumna destacada con talento literario. Sueña con convertirse en escritora, siguiendo los pasos de su admirada Irène Némirovsky, con quien, irónicamente, comparte el mismo atroz destino. Llega a los campos siendo algo más que una adolescente y consigue demorar su muerte y la de su hermano gracias a su trabajo en la enfermería.

«El porvenir se antoja prometedor. Myriam, con trece años, se imagina como estudiante universitaria en la Sorbona, una vez que supere el examen de acceso. Por la noche le cuenta a su hermana pequeña la vida que les espera. Los bares llenos de humo de tabaco del Quartier Latin, la biblioteca Sainte-Genève. Han asumido la idea de que tienen que cumplir el destino inconcluso de su madre.

—Me instalaré en una buhardilla en la rue Soufflot.

—¿Podré ir a vivir contigo?

—Claro, tú tendrás otra buhardilla, justo al lado de la mía.

Y con esas historias se estremecen de felicidad.» (pp. 61-62)

### JACQUES, EL TÍO ABUELO

El benjamín de la familia Rabinovitch nace en Palestina y es un chico que avanza con más dificultad en los estudios que sus hermanas. Junto a su abuelo, que los visita en la granja normanda y saca adelante el huerto, el niño descubre su gusto por el trabajo rural y aspira a convertirse en ingeniero agrónomo. Es un adolescente cuando lo deportan junto a Noémie, que hace todo lo posible por proteger a su hermano, muy frágil de salud.

«Emma debe resignarse a no ver nunca a su hijo haciendo un minyán, con los hombros cubiertos con el talit que le ha regalado su abuelo. Su decepción es total. Jacques no entiende bien qué sucede, no sabe nada de la liturgia judía, pero siente en lo más profundo de su ser que su padre le niega algo, sin saber exactamente qué.» (p. 74)



## EXTRACTOS POR TEMAS

### LA PERSECUCIÓN DE LOS JUDÍOS Y LA SHOAH

«Nachman era un hombre joven cuando de repente se le prohibió todo. Prohibido ir a la universidad, prohibido desplazarse de una región a otra, prohibido poner nombres cristianos a los hijos, prohibido hacer teatro. Tan humillantes medidas contentaron al pueblo y durante unos treinta años se derramó menos sangre. De manera que los hijos de Nachman no conocieron el miedo del 24 de diciembre, cuando la jauría se levanta de la mesa con sed de matar. Pero Nachman llevaba unos años notando de nuevo en el aire ese olor a azufre y podredumbre. Las Centurias Negras, el grupo monárquico de extrema derecha liderado por Vladímir Purishkévich, se organizaban en la sombra. Este antiguo cortesano del zar fundaba sus tesis en la teoría de un complot judío. Estaba esperando a que le llegara el momento. Y Nachman no creía que esa Revolución nueva, conducida por sus hijos, acabara con los viejos odios.

—Sí. Partir. Hijos míos, escuchadme bien —dijo con calma Nachman—: es'shtinkt shlejt drek. Apesta a mierda.» (pp. 23-24)

«—Subid a preparar vuestras maletas. Tú no, Myriam, tú no estás en la lista.

—Pero ¿adónde van a llevarnos? —pregunta Noémie.

—A trabajar a Alemania. Así que llevaos unos jerséis. Vamos, daos prisa.

—Yo me voy con ellos —dice Myriam. Se levanta de golpe para ir también ella a hacer su maleta. Entonces a Ephraïm le pasa algo por la cabeza. El recuerdo lejano de aquella noche en que la policía bolchevique fue a detenerlo. Emma se sintió mal y él se acercó a su vientre, por miedo a que el niño hubiera muerto.

—Ve a esconderte al jardín —le dice agarrándola con fuerza del brazo.

—Pero, papá... —protesta Myriam. Ephraïm oye a los policías que llaman a la puerta para entrar en la casa. Coge a su hija del cuello de la blusa, lo aprieta hasta casi estrangularla, antes de ordenarle,

mirándola fijamente a los ojos y con la boca deformada por el miedo:

—Lárgate lejos de aquí. ¿Lo has entendido?» (pp. 139-140)

«Esa mañana, a unos kilómetros de la cárcel donde se encuentran sus hijos, Ephraïm permanece en la cama con los ojos muy abiertos. Le obsesiona una frase, una frase pronunciada por su padre, la última noche del Pésaj con toda la familia reunida: “Un día querrán vernos desaparecer a todos”.» (p. 154)

---

## LOS CAMINOS DE LA MEMORIA

«—Mira —me dijo Lélia—. Tras la muerte de Myriam, encontré unos papeles en su despacho. Borradores de textos, fragmentos de cartas; de esa forma di con la historia de la carreta. Termina así: “Todo transcurre sin incidencias al alba, a la hora gris, antes de la aurora. Porque al llegar a Letonia estuvimos unos días en la cárcel a causa de las formalidades administrativas. Mi madre me daba el pecho todavía, y no guardo ningún mal recuerdo de su leche con sabor a centeno y trigo sarraceno durante aquellos días”.

—Las frases siguientes son casi incomprendibles...

—Es el principio de su Alzheimer. A veces pasé horas enteras intentando entender qué se ocultaba tras un error gramatical. La lengua es un laberinto en el que se pierde la memoria.» (p. 32)

«Un día, mucho tiempo después, a mediados de los años setenta, en el consultorio de un dentista, en Niza, una tar-

de muy calurosa, Myriam entenderá de pronto qué era lo que estaba esperando tumbada en aquel jardín. El recuerdo de esa espera la invade. Revivirá la sensación de la hierba en los labios. Y la del miedo en el cuerpo. Comprenderá entonces que esperaba a que su padre cambiara de opinión. Ni más ni menos que eso. Esperaba a que su padre fuera a buscarla para pedirle que se marchara con Jacques y Noémie.» (p. 146)

«Es cierto, Lélia no hablaba realmente de todo eso en aquella época. Pero lo hacía en silencio. Estaba por todas partes. En todos los libros de la biblioteca, en sus sufrimientos y sus incoherencias, en algunas fotos secretas no muy bien escondidas. La Shoah era un juego de pistas en la casa, se podían seguir los indicios para jugar a los indios y los vaqueros.» (p. 349)

---

## LEGADOS

«Lélia había recorrido la historia como si de países se tratara. Sus relatos de viajes dibujaban en ella paisajes interiores que yo tendría que visitar a mi vez. Puse la mano sobre mi vientre y pedí en silencio a mi hija que escuchara atentamente conmigo la continuación de esa vieja historia que atañía a su nueva vida.» (p. 33)

«Las bandejas de cobre donde se encontraban los alimentos simbólicos del Pésaj también me parecían conocidos, como si los hubiera tenido ante la vista desde siempre. Los cánticos hebreos sonaban familiares a mis oídos. El tiempo estaba como abolido, me sentí fascinada, inva-

dida por la calidez de un profundo júbilo que venía de lejos. La ceremonia me transportaba a tiempos remotos, tuve la sensación de que unas manos se deslizaban dentro de las mías. Los dedos de Nachman, rugosos como las raíces de un viejo roble.» (p. 238)

«Entonces no sabía que Myriam y Noémie habían sido alumnas del mismo instituto; no obstante, algo en mí me decía que tenía que estudiar ahí y en ningún otro sitio. “Me interpela de una manera que los demás no pueden entender”, escribió Louise Bourgeois refiriéndose a sus años en el Fénélon. También escribió esta otra frase que llevaba yo dentro: “Si no podéis decidir os a abandonar el pasado, entonces debéis recrearlo”. Sentí, al cruzar el gran porche de madera, que Myriam y Noémie estaban más cerca que nunca de mí.» (p. 292)

«Llevo grabado en mis células el recuerdo de una experiencia del peligro tan violenta que a veces me parece que lo he vivido de verdad, o que debería hacerlo. La muerte me parece en ocasiones inminente. Tengo la sensación de ser una presa. Me siento a menudo sometida a una forma de aniquilamiento. Busco en los libros de historia la que no me han contado. Quiero leer más, más, siempre más. Mi sed de saber es insaciable. A veces me siento una extranjera. Veo obstáculos donde otros no los ven. No consigo hacer coincidir la idea de mi familia con esa referencia mitológica que es el genocidio. Y esa dificultad me constituye por completo. Esa cosa me define. Durante casi cuarenta años he intentado

trazar un diseño que pueda parecerseme, sin lograrlo. Pero hoy puedo reunir todos los puntos entre sí para ver aparecer, entre la constelación de los fragmentos diseminados en la página, una silueta en la que por fin me reconozco: soy hija y nieta de supervivientes.» (p. 496)

---

## LA CONDICIÓN DE EXTRANJERO

«Habrà que partir. Partir de nuevo. Así es. Myriam está acostumbrada. Sabe que, para no sufrir, basta con andar todo recto, hacia delante, y nunca nunca volver la vista atrás.» (p. 52)

«Ephraïm agarra con fuerza el brazo de Emma. No da crédito, no acaba de creerse que sea uno de los personajes de ese decorado tan francés.

—Pronto tendremos que buscarnos otro apellido —dice mirando a lo lejos con aire serio. La seguridad de conseguir la nacionalidad francesa le da miedo a Emma, que estrecha con fuerza la manita de su hijo menor, como para conjurar la suerte.» (p. 66)

«Sube a pie por el boulevard Saint-Michel, bordea con dificultad las verjas del Jardin du Luxembourg. Y mientras lo hace, recuerda ese pasaje de la Biblia que lo aterrizzaba de niño: Y Dios dijo a Abraham: “Ten por cierto que tus descendientes serán extranjeros en una tierra que no es suya, donde serán esclavizados y oprimidos cuatrocientos años”.» (p. 73)

«—Los extranjeros están menos enraizados en el país, así que son “invisibles”...

—Viven en la zona gris de la indiferencia. ¿Quién va a ofuscarse porque se metan con la familia Rabinovitch? ¿No conocen a nadie aparte de su círculo familiar! Lo que cuenta, al principio, cuando se dictan esas ordenanzas, es hacer de los judíos una categoría “aparte”. Con, en el interior de dicha categoría, distintas subcategorías. Los extranjeros, los franceses, los jóvenes, los viejos. Es un sistema totalmente pensado y bien organizado.

—Mamá, tiene que haber un momento en que ya no se pueda decir “no sabíamos”...

—La indiferencia concierne a todo el mundo. ¿Hacia quién eres tú indiferente? Pregúntatelo. ¿Qué víctimas, los que viven en tiendas de campaña bajo los puentes de las autopistas o “aparcados” lejos de las ciudades, son tus invisibles? Lo que el régimen de Vichy persigue es extraer a los judíos de la sociedad francesa, y lo consigue...» (p. 105)

«Esta región de Haute-Provence no se parece mucho a las llanuras de Letonia, ni a los desiertos de Palestina, pero hay algo que Myriam conoce desde hace mucho tiempo, desde que nació, desde su primer viaje en carreta por los bosques rusos: el exilio.» (p. 424)

## LA GUERRA Y LOS CAMPOS DE CONCENTRACIÓN

«Al pasar por delante del imponente edificio de la caja de ahorros, empujando las bicicletas junto a ellas, oyen la alarma de la gran Tour de l’Horloge. Suenan unos toques repetidos y prolongados, que parecen no terminar jamás. Luego todas las campanas de las iglesias se ponen a repicar. Cuando llegan a la altura de la tienda de pinturas, el dueño baja la persiana metálica en medio de un estruendo de ferralla.

—¡Volved a casa! —les espeta el vendedor a las hermanas.

Un grito atraviesa una ventana abierta.

Myriam se acordará del ruido que hace una declaración de guerra.» (p. 96)

«—He encontrado entre los papeles de Myriam unas hojas de un cuaderno de Noémie. Escribe: “Y el resto del mundo seguimos a lo nuestro, comemos, bebemos, dormimos, atendemos nuestras necesidades y eso es todo. Ah, sí, sabemos que por ahí están luchando. Qué puede importarme a mí, que tengo todo lo que necesito. Bromas aparte, nosotros diciendo que la gente se muere de hambre mientras nos ponemos morados de todo tipo de comida. Otra vez Barcelona, quiero música, y el botón de la TSH gira sustituyendo las noticias que da el presentador por la voz maravillosamente arrulladora de Tino Rossi. Qué éxito. Indiferentes, completamente indiferentes. Con los ojos cerrados y ese aire cándido, inocente. Seguimos discutiendo, gritando mucho, tirándonos del moño,

reconciliándonos, y mientras tanto los hombres mueren”» (p. 97)

«En los hangares se reconoce a los pequeños ya separados de sus madres desde la última partida porque han dejado de llorar. Algunos están inmóviles, medio entumecidos en la paja. Sorprendentemente dóciles, son como muñecos de trapo, perdidos, en un estado de suciedad indescriptible. A su alrededor zumba una nube de insectos, como esperando que, de un momento a otro, la carne viva se convierta en cadáver. El espectáculo es insoportable.» (p. 184)

«Jacques se tumba para pegar la cara al suelo y respirar algo de aire entre los listones. Noémie se pone sobre él para impedir que los otros lo pisoteen. En las horas en que el sol pega más fuerte, algunos se desvisten, hombres y mujeres se quedan en ropa interior, semidesnudos.

—¡Parecemos animales! —exclama Jacques.

—No deberías decir eso —replica Noémie.

El viaje dura tres días y tienen que hacer sus necesidades delante de todo el mundo en un orinal. Cuando este se llena, solo queda la esquina del montón de paja. Los que piensan en arrojarse fuera no lo hacen por miedo a que maten a los demás. Para resistir, Noémie piensa en su novela, que se quedó en su habitación: reescribe mentalmente el principio e imagina lo que sigue.» (p. 189)

«Los Rabinovitch no oponen resistencia; sienten, saben que van a reunirse con sus hijos. Se rinden a los gendarmes; esa es la

palabra: se rinden. Ephraïm lleva puesto un elegante sombrero gris. Emma, su traje de chaqueta azul marino, cómodo, un abrigo con el cuello de piel, un par de zapatos rojos de tacón bajo para poder andar cómodamente. En el bolso lleva un lápiz, un portaminas, una navaja de bolsillo, una lima de uñas, unos guantes negros, un monedero y una cartilla de racionamiento. Y todo su dinero. Portan una maleta para los dos, con casi nada, solo algunas cosillas que les gustarán a los chicos cuando se encuentren con ellos. Emma ha cogido para Jacques su juego de tabas y para Noémie un cuaderno nuevo de papel muy bonito. Les harán ilusión. Ephraïm y Emma franquean el umbral de la puerta de la casa de Les Forges entre los dos gendarmes. No vuelven la cabeza.» (p. 199)

«Veo el rostro de Jacques, su cabeza morena de niño pegada al suelo de la cámara de gas. Poso las manos sobre sus ojos abiertos para cerrárselos en esta página.» (p. 196)

«El Ministerio de Prisioneros de Guerra estima que las formalidades de acogida durarán entre una y dos horas, lo que se tarde en establecer las listas administrativas, dar ciertos cuidados en la enfermería, bonos de avituallamiento y de transporte para que quienes vienen de Alemania puedan volver a sus casas en tren, o en metro en el caso de los parisinos. Los recién llegados recibirán un carnet de deportados, así como un poco de dinero. El 26 de abril está todo listo. El día de la apertura del hotel, Jeanine va a echar una mano porque los organizadores ne-

cesitan ayuda. Pero las cosas no suceden como las había previsto el ministerio. Los que regresan lo hacen en un estado indescriptible. El sistema de acogida no está preparado para eso. Nadie había imaginado nada semejante.» (p. 455)

## LA IDENTIDAD JUDÍA

«—Abuela, ¿eres judía?  
—Sí, soy judía.  
—¿Y el abuelo también?  
—Ah, no, él no.  
—Ah, ¿y mamá también es judía?  
—Sí.  
—Entonces ¿yo también?  
—Sí, tú también.  
—Eso me parecía.  
—Pero ¿por qué pones esa cara, cariño?  
—Me disgusta mucho lo que me dices.  
—Pero ¿por qué?  
—Porque en la escuela no gustan mucho los judíos.» (p. 209)

«Yo era judía, pero no se me notaba. Sarah parecía judía, pero según nuestros textos sagrados no lo era. Nos reímos de aquello. Era absurdo. Irrisorio. Y sin embargo, marcaba nuestra vida. Con los años, la cuestión seguía siendo complicada, incomprensible, sin parangón posible. Podía tener un abuelo de sangre española y otro de sangre bretona, un bisabuelo pintor u otro comandante de un rompehielos, pero nada, absolutamente nada, era comparable con el hecho de venir de un linaje de mujeres judías. Nada me condicionaba tanto en

la mirada que mis parejas proyectaban sobre mí.» (p. 234)

«—Mamá, ¿qué quiere decir «ser judío»?

Lélia no sabe qué responder realmente. Se lo piensa. Luego va a buscar un libro a su despacho. Lo pone en el suelo, encima de la alfombra de gruesa lana blanca que suelta pelusa por los bordes. Frente a esas fotografías en blanco y negro, esas imágenes de cuerpos descarnados en pijama de rayas, de alambradas bajo la nieve, de cadáveres amontonados unos sobre otros y de montañas de ropa, de gafas y de zapatos, mis ocho años no bastan para lograr organizar una resistencia mental. Me siento físicamente agredida, herida por ellas.

—Si hubiéramos nacido en esa época, nos habrían transformado en botones —dice de repente Lélia.» (p. 253)

«—¿Sabes, Gérard?, en mi vida siempre me ha costado mucho pronunciar la frase «Soy judía». No me sentía autorizada para decirla. Y, bueno..., es extraño..., es como si hubiera heredado los miedos de mi abuela. En cierta forma, la parte judía oculta en mí se sentía protegida por la parte goi que la recubre para volverla invisible. No levanto sospechas. Soy el sueño realizado de mi bisabuelo Ephraïm, tengo el rostro de Francia.

—Lo que eres es una pesadilla antiseimita —dijo Gérard.

—¿Por qué? —le pregunté.

—Porque hasta tú lo eres —concluyó soltando una carcajada.» (pp. 269 – 270)

«Mi madre se entera, pues, de que es judía, ese día, en el año 1950, en el patio

de la escuela. Eso es. Así sucedió. Brutalmente y sin explicación. La piedra que recibió se parece a la que le tiraron a Myriam, a la misma edad, unos niños polacos de Lodz, cuando fue por primera vez a visitar a sus primos. El año 1925 tampoco estaba tan lejos de 1950. Para los chicos de Céreste, como para los de Lodz, como, igualmente, para los de París de 2019, aquello solo era una ocurrencia. Un insulto como cualquier otro, uno de tantos que se oyen en un patio de recreo. Pero para Myriam, Lélia, Clara supuso, cada vez, una interrogación. Cuando mi madre se convirtió en nues-

tra madre, nunca pronunció la palabra judío delante de nosotras. Omitió hablar de ello, no de forma consciente ni deliberada, no: creo que sencillamente no sabía qué hacer. Ni por dónde comenzar. ¿Cómo explicarlo todo? Mis hermanas y yo nos vimos confrontadas a esa misma brutalidad el día en que en la fachada de nuestra casa apareció un grafiti con una cruz gamada. El año 1985 tampoco estaba tan lejos de 1950.» (p. 494)

«“¿Qué es ser judío?”. Quizá la respuesta estaba contenida en la pregunta: “¿Preguntarse qué es ser judío?”.» (p. 495)



## PREGUNTAS PARA LA CONVERSACIÓN

1. En *La postal*, Anne Berest narra la historia de su familia materna y, al mismo tiempo, su investigación en torno al enigma de la postal. Partiendo de la información que le brinda su madre, de documentos que han sobrevivido a la guerra y la deportación, y de pistas que va siguiendo sola o con ayuda de un detective, compone un relato basado en hechos reales, pero también, en conjeturas e imaginación. ¿Qué sucede en la novela con la distinción entre ficción y realidad? ¿Qué nos dice Berest acerca de la capacidad de la literatura para atravesar las lagunas de la memoria?
2. Poco antes de dar a luz a su primera hija, la narradora siente la necesidad de conocer más acerca de sus antepasados, o como ella misma explica, saber quiénes fueron las mujeres de la familia que parieron antes que ella. ¿Por qué la maternidad es el acontecimiento vital que desata esta necesidad de indagar en la genealogía familiar?
3. Trazando un recorrido de un siglo, el relato de Anne recoge las experiencias de cuatro madres de una misma familia —Emma, Myriam, Lélia y la propia Anne— que deben criar a sus hijos en contextos muy distintos. ¿Cómo son sus maternidades? ¿Existen vivencias en común entre ellas o situaciones que se repitan de una generación a otra?
4. A la par que recorre un siglo en la vida de una familia judía, *La postal* va narrando las derivas del discurso antisemita en Europa, desde los pogromos en la Rusia zarista hasta los comentarios discriminatorios en un patio de escuela parisino de nuestros días. ¿Existen transformaciones en el discurso antisemita a lo largo de este recorrido histórico? ¿La discriminación y persecución de los judíos tiene un origen común a lo largo de la historia?
5. Durante la cena de Pésaj que se celebra en la casa del novio de Anne, tiene lugar una discusión acerca de los peligros que supone el ascenso en Francia del Frente Nacional y su discurso del odio. Algunos de los comensales piensan que entraña un riesgo para la comunidad judía,



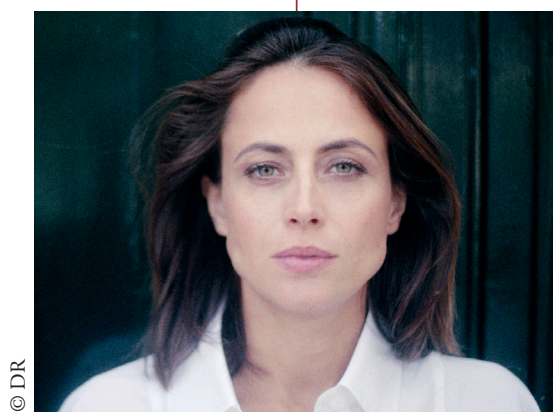
mientras que otros apuntan como principales víctimas a los inmigrantes norteafricanos y subsaharianos. ¿Qué opináis de los comentarios de los comensales? ¿Pensáis que se pueden establecer equivalencias entre el antisemitismo de las primeras décadas del siglo XX y el discurso xenófobo de la ultraderecha europea contemporánea?

6. El antisemitismo es uno de los temas de una novela que abre, ante todo, una reflexión acerca de la identidad judía y sus significados. ¿Cómo se relaciona cada generación de la familia de Anne con el judaísmo?
7. Lélia no educa a sus hijas en la cultura judía ni les transmite mucha información acerca de sus orígenes. Sin embargo, su casa está llena de detalles que, como un juego de pistas, remiten tanto a la tradición judía como a la Shoah. ¿A qué se debe esta actitud ambigua respecto a los orígenes?
8. Volviendo a la cena de Pésaj en casa de Georges, Anne participa por primera vez de una serie de rituales tradicionales que le resultan familiares y extraños al mismo tiempo; y rodeada de judíos practicantes, se interroga acerca de su identidad. ¿Ella es capaz de verse a sí misma como judía? ¿Y cómo es vista por otros judíos? ¿Por qué la identidad judía es tan difícil de definir para la narradora?
9. La hija de Anne es blanco de un comentario discriminatorio en el patio de la escuela por ser judía, algo que la turba al punto de contárselo a su abuela. Anne, sin embargo, tarda días en poder hablar del tema con su hija. ¿A qué creéis que se debe el silencio de Anne? ¿Qué la frena a hablar con la niña?
10. A lo largo de la novela se reflexiona acerca de la identidad, entendida como aquello que se hereda de la familia o aquello que se construye asimilándose al lugar y la cultura donde se vive. Esta dicotomía pesa sobre Ephraïm, y también, sobre Anne. Entre bisabuelo y bisnieta, ¿existen similitudes en el modo de entender la identidad?
11. Entre los años veinte y el inicio de la guerra, Ephraïm recibe varias advertencias acerca de la situación de los judíos en Europa y la creciente persecución que sufren. Su padre, y más tarde, su prima Anna, le recomiendan marcharse fuera del continente, pero él insiste en quedarse. Teniendo en cuenta su historia personal de migraciones, ¿qué lo lleva a permanecer en

Francia? ¿Por qué no es capaz de asumir el peligro que corren él y su familia?

12. La elección de Ephraïm marca el terrible destino de los Rabinovitch. Pero es también una decisión suya la que salva la vida de Myriam. ¿Podéis entender cada una de las decisiones de Ephraïm?
13. En una de sus novelas, el escritor Sergio Chejfec, argentino de origen judío, decía que mientras parte de su familia fue asesinada de manera brutal en Europa, la casualidad había hecho que, gracias al éxodo de su padre, él pudiera nacer en Buenos Aires. Siguiendo esta reflexión, la casualidad se presenta como la frontera entre el horror y la vida en la biografía de millones de judíos durante el nazismo. ¿Qué papel desempeña el azar en la historia de Myriam? ¿Cómo convive ella con este factor?
14. Única superviviente de los Rabinovitch, Myriam se enfrenta, tras la guerra, a la verdad y desde entonces guarda silencio sobre su familia. ¿Qué la lleva a no querer contar su historia? ¿Qué nos dice la postal de su relación con el pasado?
15. La memoria es otro de los temas centrales de una novela que gira en torno a la compleja reconstrucción del pasado. Hablábamos, en la anterior pregunta, de la relación de Myriam con el pasado y el recuerdo. ¿Cómo es la relación con la memoria de Lélia y Anne?
16. Anne necesita recomponer una historia que no ha vivido pero que, sin embargo, pesa sobre su existencia. En su experiencia, el legado del miedo atraviesa generaciones, así como también resultan familiares antiguas tradiciones que la transportan a escenarios que nunca habitó. ¿Qué opináis de estas vivencias de la narradora respecto al legado? ¿Pensáis que las experiencias de nuestros antepasados pueden influenciar nuestras emociones y, en buena medida, ir moldeando nuestras vidas?
17. Sobre el nazismo y la Shoah se ha escrito mucho, desde la recreación de los días de la ocupación de Francia en *Suite francesa*, de Irène Nemirovsky hasta el durísimo testimonio de Primo Levi en *Si esto es un hombre*, pasando por obras más recientes como *El gueto interior*, de Santiago Amigorena, entre otras. Si habéis leído más obras sobre el tema, ¿qué pensáis que añade *La postal* a la reflexión sobre la Shoah y su memoria?

## LA AUTORA



**ANNE BEREST** (París, 1979) es escritora y guionista. Después de estudiar Literatura, fundó la revista *Carnets du Rond-Point*, que dirigió durante cinco años. En 2008 colaboró con Édouard Baer en la adaptación teatral y la puesta en escena de *Un pedigree*, de Patrick Modiano. En 2011 publicó una columna periódica sobre París en *Journal du Dimanche*. Debutó en el ámbito literario en 2010 con *La hija de su padre* (2010), que obtuvo el Prix des Dunes y fue seleccionada para los premios Goncourt, France Télévisions y Flore. Tras su siguiente novela, *Les Patriarches* (2012), que fue finalista de los premios

Renaudot y Flore, publicó la biografía *Sagan 1954* (2014); el ensayo *Cómo ser parisina estés donde estés*, coescrito con Audrey Diwan, Caroline de Maigret y Sophie Mas (2014); *Se busca mujer perfecta* (2015), y, junto con su hermana Claire, *Gabriëlle* (2017), un retrato de su bisabuela Gabriëlle Buffet Picabia, que obtuvo el Prix de l'Héroïne Madame Figaro. *La postal* (Lumen, 2022) es su última novela, ganadora del Premio Renaudot des Lycéens, del Premio Selección Goncourt de Estados Unidos y del Gran Premio de Novela de las Lectoras de *Elle*, aclamada por la crítica y traducida a numerosos idiomas.

Lumen

## LA CRÍTICA HA DICHO

«Una obra maestra. Un libro inolvidable que te atrapa desde la primera página».  
David Foenkinos

«Una búsqueda que combina los resortes del thriller con tintes de un réquiem tan conmovedor como asombroso».  
Marc Lambron, *Le Point*

«Berest entreteje el pasado con el presente en un libro de historia, rico en indagaciones, que se lee como una gran novela».  
Astrid de Larminat, *Le Figaro Littéraire*

«Un libro personal y universal, actual y eterno. [...] Magnífico».  
M. T. H., *Madame Figaro*

«Una novela maravillosamente construida, con un aliento poderoso. [...] Una lectura impactante, adictiva y abrumadora».  
Mathilde Mahieux, *La Croix*

«Con una escritura vivaz, Berest convierte una historia llena de suspense en un libro adictivo».  
Florence Pitard, *Ouest France*

«Una investigación complicada y fascinante, un libro sorprendente».  
C. C, *Télé Loisirs*

«Contada como un cuento de mil una noches y repleta de personajes entrañables, esta increíble odisea nos mantiene en vilo hasta las últimas líneas».  
Monique Ayoun, *BIBA*

«Inolvidable y magistralmente escrita».  
N. S., *Avantages*

«Un libro esencial donde lo más bello de los humanos se cruza con la barbarie».  
N. V., *Télé Star*

